

CON LA MISERICORDIA SE PUEDE Javier Leoz

Domingo XXIX DEL T. Ordinario /B

Los hijos del Zebedeo resultaron ser osados y muy atrevidos. ¡Casi nada! ¡Primeros puestos en el Reino de los Cielos! Y no menos certera y a punto la respuesta de Cristo: “Eso a mí no me toca concederlo”. Y es que, el cáliz de Cristo, no es el que nosotros solemos apurar (brillante, ajustado a nuestra mano o a nuestra vida, con licor dulce y sorbido abundantes veces). El cáliz del Señor es, una misericordia que se ofrece y se transmite a través de nuestra entrega incondicional. ¿A quién? A los más necesitados. ¿Por qué? Porque llevamos el ardor de Cristo dentro. ¿Para qué? Para identificarnos más con Jesús y porque, en ese corazón gigantesco que se da, es donde sellamos y purificamos nuestro carnet de cristianos. Imposible pretender primeras bancadas en la eternidad si, tal vez en la tierra, buscamos los más apartados a la hora de servir. Una frase nos puede resultar iluminadora en este día: no salva el poder sino el servir.

2.- No nos resulta extraño que el vivir como cristianos y seguidores de Jesús nos acarrea algún disgusto que otro. Pero no olvidemos que, ni Santiago ni Juan, se echaron atrás al recibir la respuesta-reproche de Jesús: uno fue el primero en dar testimonio de su fe con su sangre y, el otro, paso a ser –en la tierra y no en el cielo– amigo de primera línea (en guardia y retaguardia) del mismo Jesucristo.

Sintieron, como tantos misioneros, religiosos, religiosas, Papas, obispos, laicos y sacerdotes sentimos que, el creer, nos lleva a una conclusión: para triunfar a los ojos de Dios hay que humillarse ante los ojos de los humanos. ¡Cuánto cuesta esto! ¡Cuánto cuesta rebajarse en la tierra para pensar que, sólo así, seremos elevados en el cielo!

Una cosa es pensarlo, otra cosa diferente predicarlo y otra muy distinta vivirlo. Pero en ese sendero está la luz que nos lleva a Dios. Se humilló en la noche de Belén, se anonadó en la cruz, apreció en las propias carnes de su hijo la negación, la traición y la indiferencia. Pero al tercer día venció. Y venció porque pudo más su corazón misericordioso a través del gran Misionero de la Misericordia que fue Jesús de Nazaret que los pequeños esquemas, pobres esquemas, de aquel grupo de colaboradores de los que se rodeó el Nazareno. Hasta en eso tuvo grandeza: quiso ser misericordioso eligiendo. Pudiendo haberse rodeado de elocuencias, prefirió la sencillez de Pedro, la bondad de Juan, la mediocridad de Judas o las dudas de Tomás.